

Encabezado: CARTOGRAFIAR AFECTOS

**Cartografiar Afectos. Puntadas y Relatos de Enseñanza y Viaje**

**Laura Nathalia Pérez Céspedes**

Universidad Nacional de Colombia

Tutora: Nathali Buenaventura Granados

Co-tutor: William Vásquez

Notas de autor

Laura Nathalia Pérez Céspedes, Maestría en Educación Artística, Facultad de Artes,  
Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá

La correspondencia relacionada con este trabajo de grado debe ser dirigida a

Laura Nathalia Pérez Céspedes

Contacto: lnathalia92@gmail.com

Soy la sagrada tierra de mi madre, soy la semilla sagrada de mi padre.

A mis padres.

## **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a María, a Juan y a Nathali, profesores que me hicieron querer ser profesora.

Gracias a los paisajes que me han inspirado.

Gracias a los niños y niñas con quienes he compartido el camino.

*“La educación tiene que ver con una vida más allá de nuestra propia vida; con un tiempo más allá de nuestro propio tiempo; con un mundo más allá de nuestro propio mundo” (Dewey, 2008).*

## **PREFACIO**

Querido Juan:

Me convertí en una artista-profesora, como lo intuías la educación fue el camino que elegí. Me gustaría poder visitarte en el colegio y poder tener una de esas charlas contigo en donde sentía que al compartirte mis lecturas y los autores y artistas que estaba conociendo, podía retribuir tu esfuerzo y tu fe en nuestra generación.

Me cuesta mucho hacer parte de grupos y construir nuevas relaciones, me es muy difícil acercarme de una manera tranquila y profunda o sentirme plenamente cómoda en un espacio nuevo, quizás por eso me aferro a los lugares donde logro hacerlo. En tus clases, aunque confieso que a veces me aburría, yo me sentía presente, en realidad nunca fue necesaria una gran cercanía o una confianza desbordada para sentir que prestabas atención y respetabas lo que pensaba, bastaba tu carácter tranquilo y la increíble capacidad de escucha que tenías. Cuando me enteré de tu muerte, fue inevitable empezar a recordar y tratar de buscar detalles en mi memoria para intentar volver a esos lugares.

El mayor sentimiento que me abraza al pasear por esos recuerdos es la gratitud, si no fuera por tu sugerencia de estudiar Artes Plásticas, tal vez ni lo hubiese pensado, recuerdo que hasta ese momento no sabía siquiera que había una carrera llamada así, ni lo que significaba ser una artista. Tenías fe en nosotros porque algo especial veías, es una lástima que tu proyecto del libro con nuestros ensayos filosóficos no se hubiera materializado, creo que el colegio no estaba listo para

esas iniciativas. Pero tú nos veías y eso fue tan importante para mí, no hace falta sino mirar el texto que nos dedicaste en el anuario, no eran simples palabras para cualquier otra generación, eran palabras exactas para cada uno de nosotros o al menos yo me sentí así, recogida en tu percepción y en tu sentir.

Recuerdo especialmente las clases en donde estudiamos la Constitución Política y aquella clase en donde debíamos averiguar y exponer el compromiso ético de la carrera que habíamos elegido, recuerdo tu letra adornada y las clases en las que parecía que conversabas contigo mismo. Sobre todo viene a mi mente esa clase cuando leyendo nuestro ensayo de Hegel, apareció, se reveló para mí como una epifanía una ramita de pasto en la grieta que había entre la pared y el piso.

En un par de semanas debíamos presentar para la exposición de la clase de historia del arte, un proyecto personal, yo quería que mi proyecto dijera algo y en esa, tu clase, nuestra clase, tuve una revelación: La naturaleza abriéndose paso en ambientes adversos. Hice un árbol hecho de alambre de cobre de los cables que había en mi casa, lleno de papeles de lo que comíamos en los descansos y en las ramas de ese árbol los negativos de una colección de fotos que tomé en los días siguientes: la ramita en el salón, el pasto creciendo dentro de una llanta botada, los brotes de plantas en las alcantarillas, el musgo en las paredes, las raíces de los árboles rompiendo el asfalto.

Te puede parecer que son un poco común ese tipo de imágenes, ahora lo sé, pero en ese momento fueron un descubrimiento sutil y potente. Puedo decir con convencimiento que a lo largo

de mi carrera, en mi rol como artista-profesora, tallerista o artista formadora, he estado tratado de pulir esa imagen y llenarla de sentido.



Foto 1.Árbol Hecho el Último Año del Colegio para la clase de Historia del Arte

Quisiera poder contarte en persona un poco más sobre mis hallazgos pedagógicos, verte emocionado por haber inspirado a una de tus estudiantes, ahora no estás en cuerpo presente, pero puedo hablarle a tu recuerdo y contarte sobre los lugares que he transitado. Mi primera experiencia pedagógica teniendo a cargo un grupo fue haciendo el servicio social en la escuela rural “La Moya”, la que queda en Cota muy cerca al colegio, en realidad no sabíamos muy bien lo que

hacíamos, pero me gustaba compartir con los niños y las niñas y charlar con ellos, saber sus historias, cómo vivían y cómo se sentían. Una vez les propusimos hacer un collage sobre el medio ambiente, eran niños y niñas de unos ocho o nueve años y nosotros estudiantes de grado once, terminaron haciendo una maza con las revistas y el pegante sumándole el pasto y hojas que habían recogido del patio. En lugar de collage, construyeron esculturas y a mí me pareció maravilloso. En ese momento fue una anécdota que pasó y se fue, pero al retomar esos recuerdos con algo de distancia y tiempo, me parece que hay algo muy potente allí, que sigo buscando ahora en mi rol de artista-profesora.

Cuando entré a la Universidad, me involucré como voluntaria con fundaciones y ong's, hice parte de diferentes proyectos y conformé mis primeros colectivos y empezamos a participar en convocatorias, fue una experiencia muy gratificante, de eso sí te hablé un poco la última vez que nos vimos. Me gustaban las clases en la universidad, pero compartir los proyectos de vida y los sueños con otros era y aún es muy importante para mí y los voluntariados me daban esa oportunidad. Este trabajo con diferentes comunidades me puso de frente a otras realidades que incluso sucedían en mi misma ciudad; en un inicio el encuentro con estas otras formas de habitar ocurría de una manera muy ingenua e inconsciente, no me sentía en riesgo cuando escuchábamos disparos mientras dormíamos en una escuela en Mochuelo Alto o no pensaba realmente las implicaciones de no tener agua todos los días. Era una especie de fantasía, lo sentía completamente ajeno e irreal, como una aventura, seguía siendo distante porque no hacía parte de mi realidad.

En la medida que conocía diferentes poblaciones empecé a tener muchas preguntas, la misma curiosidad e interés que habían despertado las historias de los niños y niñas en La Moya, me



impulsaban a buscar mis propias respuestas; esta necesidad de comprender me llevó a viajar en diferentes direcciones y con cada paso, sentía que podía ver mucho mejor esas diferentes realidades porque cada vez eran más cercanas.

Juan, yo creo que tú puedes entenderme cuando digo que el arte es un fin en sí mismo y que acompaña la construcción de una cultura política en donde el otro es merecedor de nuestro afecto. El arte como lo veo yo, son las imágenes, palabras, acciones, intenciones e intuiciones que construimos y compartimos con el mundo y que crean posibilidades de percepción para sembrar en el imaginario de las personas otros mundos y expandir la propia realidad.

En un momento de la carrera debí dejar el voluntariado, pues me estaba generando un conflicto con mis clases, me sentía agotada, pero durante ese tiempo me di cuenta que en verdad me hacía mucha falta, reflexioné sobre las acciones y las maneras de proceder de las organizaciones donde había ayudado y hacia los últimos semestres busqué nuevamente un contacto con eso que me movilizaba, pero esta vez procurando que fueran prácticas colaborativas con un enfoque en la construcción conjunta y no en la resolución de problemas desde un externo. Inicié como pasante en la Escuela de Mediación de la Galería Santafé, esta etapa quizás fue la más constructiva respecto a nociones pedagógicas, conocí a María Buenaventura, quien se convirtió en una gran maestra para mí en muchos aspectos, ojalá se hubieran conocido. Éramos un grupo de estudiantes de artes y licenciatura en artes de varias universidades lo que fue un giro interesante en mi formación. Además empezamos a trabajar con muchas poblaciones y escenarios en toda la ciudad. La Escuela de Mediación fue un escenario para ponernos a prueba y aprender mucho con el acompañamiento de María, quien nos permitió soñar y llevar a cabo construcciones colectivas cuyo origen era lo

profundo de nuestro ser, a María también le agradezco mucho sus palabras y su compromiso siempre.

Seguí vinculándome con colectivos y experiencias de voluntariado y quizás una de las que más me marco, fue con un colectivo a la Sierra Nevada de Santa Marta, porque a partir de ahí empecé a viajar y a expandir mi trabajo no sólo por la ciudad sino por el país, algunas veces financiada por instituciones públicas y otras veces por mi cuenta. De esos viajes hablaré más adelante a profundidad porque creo que merece ampliar mucho más lo que aprendí y construí en ellos.

Luego de muchos ires y venires llegué a los CLAN que luego vi convertir en el programa CREA<sup>1</sup>, ese fue mi primer contacto con las dinámicas de los colegios de una manera más cercana aunque seguía siendo educación no formal, también estuve rotando y conociendo muchos niños y niñas en distintas localidades. Recibí mucho afecto Juan, no hay cosa más maravillosa que las cartas y los dibujos que te regalan tus estudiantes, es muy difícil decir adiós a los lugares y las personas, generalmente pienso mucho en los niños y las niñas de cuyos caminos me voy alejando. Es una sensación de familiaridad extraña, tejes con ellos unas rutinas y una relación y entonces un día sólo te marchas y no vuelves a saber de ellos, los llevas en tu memoria, en tus relatos y en tus imágenes. Fueron dos años de muchos sentimientos encontrados pues la experiencia en los Crea

---

<sup>1</sup> Los Centros Locales de Arte para la Niñez y la juventud -CLAN fue un proyecto que surge en el 2013 impulsado por el Instituto Distrital de las Artes – IDARTES, para fomentar la formación artística de niños, niñas y jóvenes en la ciudad. Con el cambio de alcaldía se transformó en el Programa Crea, el cual siguió trabajando de una manera similar en las localidades de Bogotá, pero incluyó además la formación artística para otras poblaciones.

me permitió crecer como artista-profesora en un ambiente lleno de burocracia, dificultades con los materiales y los espacios e incluso resistencia por parte de personas externas al programa; pero que me permitía imaginar, crear y sobre todo, no ser subestimada como artista en mi capacidad de enseñar.

La siguiente parada en el recorrido fue un colegio privado como profesora de artes de preescolar, esa es mi estación en este momento, ha sido también un mundo por descubrir para mí. Las dinámicas y los roles en la educación formal son muy diferentes, ver un mismo lugar todos los días, tener un salón propio, hacer parte de acciones que no pertenecen específicamente a mi área y poder involucrarme un poco más con los niños y niñas, me hace verme a mí misma de otras formas. Lo cierto es que este trabajo llegó en un momento preciso, pues ha permitido detenerme y revisar las experiencias pasadas con tranquilidad, los lugares por los que he transitado, las personas que he conocido y gracias a este momento de quietud poder compartir contigo y con todos los lectores de este texto, mis puntadas y relatos de enseñanza y viaje.

## TABLA DE CONTENIDO

Introducción .....	1
La semilla se desprende y vuela.....	5
La ola se devuelve al mar, las conchas se acomodan en la arena .....	12
La serpiente invisible .....	16
El burro que rebuznaba a las seis .....	24
El páramo de las Papas, regresar sin devolverse.....	31
Lista de referencias .....	39

## TABLA DE IMÁGENES

Foto 1.Árbol Hecho el Último Año del Colegio para la clase de Historia del Arte .....	vii
Foto 2. Dibujo de un Monopollo Hecho a Partir de la Historia de un Morrocoyo. ....	2
Foto 3.Honda.Bordado Sobre Papel.....	5
Foto 4.Tumaco. Bordado Sobre Papel. ....	12
Foto 5.San Antonio de los Lagos, Leticia. Bordado Sobre Papel.....	16
Foto 6.Carboneros de Choachí, Acuarela de Ramón Torres Méndez.....	19
Foto 7.Ollero de Tocancipá, Acuarela de Ramón Torres Méndez. ....	19
Foto 8.Resguardo Businchama, Sierra Nevada de Santa Marta, Bordado Sobre Papel. ....	24
Foto 9.Anotaciones de Bitácora Sobre Candelaria, una Niña que Conocí en Bocas de Víbora, Nariño. ....	27
Foto 10.Anotaciones de Bitácora Sobre una Clase en el Colegio Venecia en Bogotá. ....	27
Foto 11. Anotaciones de Bitácora Sobre la llegada a Guapi.....	28
Foto 12.Páramo de las Papas, Bordado Sobre Papel. ....	31

## INTRODUCCIÓN

Ingresé a la maestría en Educación Artística con unas intuiciones a las cuales poco a poco empecé a nombrar y a encontrar su forma. Preguntas sobre el viaje, el territorio y la naturaleza, planteadas en el texto de ingreso e incluso en la imagen que presenté en la entrevista, se repitieron una y otra vez durante estos dos años.

En mis estudios de pregrado fueron pocas las clases donde pude tener experiencias de prácticas artísticas colaborativas donde se hicieran intervenciones en espacio público, donde se planteara la relación de la obra con el espectador, donde trabajáramos conjuntamente con otras disciplinas, donde conociéramos diversas poblaciones y realidades, pues no eran muy atractivas para profesores y compañeros o simplemente no se ajustaban a los tiempos de la Universidad, por lo que empecé a buscarlas fuera de ella y luego tratar de vincularlas a las clases. No fueron muy exitosos mis intentos, pero en realidad no me arrepiento de haberlo hecho, sobre todo porque gracias a esa búsqueda, encontré algo muy importante: el sentido de mi hacer.

A la maestría llegué con un proyecto inconcluso que tuvo inicio en un viaje al Resguardo Businchama, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Mi propósito era hacer un intercambio de dibujos, cuentos y experiencias de niños y niñas de diferentes lugares de Colombia, se originó a partir de unos audios de niños Arhuacos que yo había grabado en una experiencia de voluntariado. Los audios surgieron porque después de la comida, todas las noches nos reuníamos los niños y yo a jugar con mi grabadora, de esos juegos quedó un registro de historias y canciones, un material precioso que no quería dejar perder.

Al regreso a Bogotá, propuse unos talleres en un jardín infantil a partir de esos audios. Los niños y niñas del jardín hicieron dibujos, esculturas y otras narraciones interpretando palabras y personajes que no conocían: el pelo del chuchu, el morrocoyo, semillas de agua o el colmillito. Imaginaban y dibujaban esos paisajes desconocidos y a los dueños de esas voces que escuchaban. Y a partir de esos encuentros, construyeron también unas piezas de su contexto: del parque, del barrio, sus familias, sus alimentos, sus juegos y sus casas.



Foto 2. Dibujo de un Monopollo Hecho a Partir de la Historia de un Morrocoyo.

Tuve la oportunidad de viajar a Leticia y allí llevé esos registros iniciales de la Sierra, las apropiaciones que hicieron los niños y niñas de Bogotá y también sus propias creaciones a partir de sus contextos y de nuevo compartí con otros niños y niñas los relatos de otro clima, otros paisajes, otros animales y otros acentos. Los niños y niñas del Resguardo San Antonio de lo Lagos en Leticia también interpretaron y crearon. Era un archivo de voces que iba creciendo. Mi intención al ingresar a la maestría era poder darle un lugar a esos registros, a los hallazgos y a los encuentros. Esa idea fue madurando y profundizándose, pues convertí esa intención y esas experiencias en una forma de proceder, la cual fui fortaleciendo a partir de la revisión de mis experiencias siendo niña, mi historia familiar y la reflexión sobre mi práctica pedagógica en los diferentes contextos donde he estado.

Encontré entonces que la pregunta por el territorio era muy importante para mí, que esa pregunta me llevaba a viajar y que el viaje a su vez no lo concebía sólo como un desplazamiento, sino más bien como una apertura a otros mundos. Me costó mucho poner en evidencia aquello que había visto en los diferentes lugares a los que había llegado, sobre todo lo intangible, pues es difícil reconocer que eso tan importante para mí puede ser también importante para alguien más. La manera de convocar esos hallazgos fue a través de la narración de elementos sutiles pero significativos y también la creación de bordados, pues bordar se convirtió en una forma de volver a esos lugares, retomar sensaciones y permanecer allí durante el tiempo de las puntadas.

El proceso en la maestría me permitió además reconstruir la estructura de mis viajes y transponerla como base metodológica a mis clases, esta estructura es la misma que usé para ordenar las ideas en este texto, construyendo una cartografía de los afectos que me constituyen y me



acompañan. Este trabajo es entonces un paso por algunos territorios temporales desde un lugar y un tiempo distinto pero no distante, desde la memoria y también desde el afecto; para intentar visibilizar eso que ha quedado en mí de ellos, cómo los he habitado y cómo ellos habitan en mí.

A continuación les presentaré cinco capítulos en los que comparto mis reflexiones y relatos de las experiencias que he ido tejiendo mientras desarrollo cinco conceptos transversales: el territorio, el afecto, el bordado, el viaje y el imaginario como materia plástica. Este texto es una invitación a crear, a reunirnos, a dialogar, a salir al encuentro y a creer que lo que hacemos sí tiene sentido.

## LA SEMILLA SE DESPRENDE Y VUELA



Foto 3.Honda.Bordado Sobre Papel.

Los viajes pueden ser planeados por meses o surgir por una necesidad casi inmediata de moverse. Hace unos años estaba buscando no sé qué en internet y leí que cerca de Honda había unos petroglifos, no conocía la palabra, no sabía exactamente donde estaban pero quería conocerlos, obedecí al impulso y le pedí a mi hermano y a mi papá que fuéramos a verlos. Ese fin de semana salimos temprano en el carro, era la primera vez que conducía fuera de Bogotá. A medio camino mi hermano preguntó dónde quedaban y de dónde había sacado la información, soltó una carcajada cuando le respondí, pues no podía creer que hubiéramos iniciado un viaje para ver algo que ni siquiera estaba segura que pudiéramos encontrar.

Ni mi hermano, ni mi papá, ni yo no conocíamos Honda, lo primero que hicimos al llegar fue caminarla, y por supuesto preguntar por los petroglifos. Al parecer no eran muy conocidos, pero en una de las tiendas donde nos sentamos a tomar pony malta nos dieron la dirección de la casa de un profesor, allá llegamos. Un hombre simpático amante de la geografía nos recibió y nos dio el contacto de la persona que nos podía llevar, finalmente pudimos organizar todo para ir a verlos al otro día.

Fue emocionante encontrarlos grabados en la piedra de una montaña, en medio de la vegetación y al frente de unas piedras para sentarse. Tenía la forma de un salón de clases, pero abierto. Fue inevitable imaginar a las personas que los habían hecho, la técnica y las herramientas para grabar en la piedra y para subirse tan alto. Fue impresionante al llegar, ver pájaros amarillos saliendo de los huequitos en la piedra, eran los dibujos recobrando la vida.

Aunque el motivo principal de ese viaje eran los petroglifos, en realidad la imagen más significativa del viaje fue una ceiba al final de una calle angosta en Honda, no íbamos por ella y

sin embargo apareció. La ceiba ya había florecido y era la época de las semillas, el piso de piedra estaba cubierto de motas de algodón y tuvo que pasar bastante tiempo para que descubriera en un soplo de viento, de esos que casi no hay allá, que esas motas se desprendían de las ramas y guardaban la semilla, un puntico café entre esa maraña blanca y suavecita que parecía una lluvia de paracaídas. Ese momento de suspensión cuando el soplo de viento detuvo a las motas en el aire, fue conmovedor. Así es el momento en el que los niños y niñas llegan al espacio de clase, ese momento que dura unos pocos segundos, ese momento que pasa casi desapercibido como una especie de incertidumbre con posibilidades infinitas, en donde la energía está en un estado potencial. Entonces aparece el ruido de los niños y las niñas por los corredores acercándose, los zapatos chocando en el piso, las voces cada vez más altas y yo dando los últimos retoques, preparando los materiales, el video beam o retirando las sillas con una sensación de vacío en el estómago, ese momento que termina cuando se asoman los primeros ojitos y lanzan la pregunta que nunca he sabido responder de forma breve: ¿Qué vamos a hacer hoy? Como esas motas detenidas, me siento cuando inicio un viaje, la misma sensación de no saber con exactitud qué va a suceder esta vez, incluso si ya he estado antes en el lugar. Así inicio también este capítulo con la imagen de una semilla flotando, una semilla de Ceiba o de Diente de León.

Hablar de semillas para mí es hablar de legado, pues las semillas guardan en su memoria, información de sus ancestros que les permiten responder a diferentes condiciones del suelo y el ambiente. Existe para mí un paralelo entre las personas y las semillas, las semillas nativas y criollas con un arraigo, con una historia y con memoria, son una analogía a las personas cuyo sentido de pertenencia está definido, crecen con una identidad y un territorio al cual anclarse. Por otro lado

las semillas transgénicas, hechas en un laboratorio, un ambiente aséptico y repetible somos todas aquellas personas quienes hemos recibido conocimientos descontextualizados, la norma antes que la realidad y no tenemos claridad sobre nuestros orígenes, pues el legado que nos fue heredado parece estar o perdido o encriptado. Mi decisión ha sido no ser una semilla transgénica, por lo que la pregunta por el territorio y el contexto en mi vida es fundamental pues aunque mi legado ha sido difícil de rastrear, me he propuesto definir mi propio territorio.

La Madre, mi abuela materna, nació en Cáqueza, en realidad no se llamaba Sara, era María Concepción igual que su mamá, pero cuando era niña su mamá murió y Misiá Matilde, quien se convirtió en su madrastra digna de un cuento, la despojó de su nombre aunque era muy pequeña para acordarse, la despojó de su casa pues se la llevó a trabajar a una finca, al parecer en Guateque, y de su familia pues no volvió a ver a sus hermanos mayores. No le gustaba esa vida, por eso en la primera oportunidad se casó con Pedro, un hombre malgeniado y violento, cuya voluntad y decisiones eran la ley, pero que la llevó a vivir a Bogotá. Nunca conocí la casa en el centro de Cáqueza donde nació, y nunca conocí la casa donde la llevaron cuando murió su mamá. Sobre Pedro no se mucho más, nació en Chipaque y murió por su terquedad cuando su doceava hija, mi mamá, tenía cinco años. Era diabético y murió por no cuidarse.

Mis abuelos paternos, por otro lado, ambos hijos fuera de un matrimonio, sin hermanos ni más familia que su mamá en el caso de mi abuela y su papá en el caso de mi abuelo, llegaron a Bogotá desde Usaquén cuando no hacía parte de Bogotá y desde Sogamoso. Buscando oportunidades, como aún siguen haciéndolo muchas familias. Sobre la familia de mis abuelos paternos sé solamente que el papá de mi abuelo trabajaba cargando bultos de mercado en la plaza y que murió

en un accidente y que el papá de mi abuela era Español. Mis abuelos maternos migrantes por decisión, mis abuelos paternos migrantes por obligación, siguieron moviéndose dentro de la ciudad de barrio en barrio y poco a poco, empezaron a construir con mucho esfuerzo y trabajo constante un lugar donde habitar, donde poder trabajar y poder vivir con su familia.

El desarraigo habita en mí, por mi historia familiar y el desconocimiento de un territorio origen, pero también por el hecho de no tener una identidad ancestral étnica, o basada en prácticas culturales Bogotanas e incluso por ni siquiera tener una identidad con el lugar en el que vivo pues he cambiado de residencia varias veces; también lo he sentido en mi rol como artista-profesora, pues el cambio de trabajos y poblaciones y las condiciones de tiempo y espacio particulares de esos trabajos, hacen que involucrarse a profundidad con las personas o los paisajes que visitamos sea particularmente complejo. Sé que el fenómeno de desterritorialización no es un asunto meramente personal pues he visto cómo las constantes peticiones de llenar formatos sin sentido agotan y minimizan la energía y creatividad y expulsan a cualquiera de ese territorio primitivo<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Este concepto es una apropiación de la unidad primitiva de Deleuze y Guattari “La unidad primitiva, salvaje, del deseo y la producción es la tierra. Pues la tierra no es tan sólo el objeto múltiple y dividido del trabajo, también es la entidad única e indivisible, el cuerpo lleno que se vuelca sobre las fuerzas productivas y se las apropia como presupuesto natural o divino[...] Es la superficie sobre la que se inscribe todo el proceso de la producción, se registran los objetos, los medios y las fuerzas de trabajo, se distribuyen los agentes y los productos” (Deleuze & Guattari, 1985, pág. 146). El territorio primitivo entonces es el niño que toma leche de la teta de su madre, el sistema

que es el flujo que todo lo habita, las conexiones entre los seres de este planeta. En el momento que es interrumpido ese flujo del territorio primitivo y la consciencia de hacer parte de él, es decir, “Cuando la división llega a la propia tierra, en virtud de una organización administrativa, territorial y residencial, no podemos ver en ello una promoción de la territorialidad, sino, todo lo contrario, el efecto del primer gran movimiento de desterritorialización sobre las comunidades primitivas” (Deleuze & Guattari, 1985, pág. 151). Veo entonces que además de no tener claridad sobre un territorio de origen, somos apartados constantemente del flujo continuo, por lo que conectarse con la tierra no es algo caprichoso, es un asunto vital que tiene que ver con la construcción de la identidad ¿si no tenemos tierra a qué nos arraigamos? Lo que queda es aferrarnos a esa una amalgama de bocetos y puntadas de lo que podemos alcanzar a construir con las personas con quienes nos cruzamos y con el paisaje.

Construir territorio sin tener una base sobre la cual hacerlo es un fenómeno para pensar. La noción de territorio que propongo no la defino respecto a un lugar en específico con el que me vinculo, sino es la relación en sí con lo que ocurre en ese lugar, con las personas y con el paisaje durante el tiempo del viaje. Es por eso que puedo construir territorios en los lugares que visito aunque mi presencia allí sea extensa o breve. De esta manera los territorios que construyo son

---

hormonal que produce la leche, el alimento que da fuerza al cuerpo, la tierra de la que sale dicho alimento, el agua que permea esa tierra y así sucesivamente la energía que es renovada.

temporales, pues están condicionados por el tiempo de mi presencia corporal y conmemorativa a través de los recuerdos.

Esas imágenes que construyó en mi interacción con el lugar, las personas y el paisaje, puedo cargarlas conmigo, me acompañan y las materializo cada vez que lo necesito en forma de bordado, en forma de historia o en forma de referente para las clases, son móviles. Al llegar al salón, busco un espacio donde descargar mi maleta, poner los materiales y desplegar la clase, cuando se termina la sesión: se levanta todo, se reacomodan las mesas, se retoma otro orden y queda la huella de la pintura, los pasteles, la arcilla o los papeles recortados en el piso, los uniformes, los pupitres manchados. La huella es lo único que queda de nuestra presencia en el espacio, lo que después construyo con esa huella es la dimensión itinerante del territorio.

La semilla que se desprende y vuela en el aire en algún momento debe caer, llegar al piso y anclarse. La incertidumbre de no saber dónde va a caer es hermosa porque es temporal, no quiero quedar suspendida en el aire y nunca llegar a tocar la tierra, la pregunta mueve y por eso es importante, es necesario entonces dejarse movilizar, atender a ese impulso que ejerce fuerza sobre nosotros casi como la gravedad a esa semilla que va cayendo y construir territorios a partir de nuestra presencia en los lugares que habitamos.



**LA OLA SE DEVUELVE AL MAR, LAS CONCHAS SE ACOMODAN EN LA ARENA**



Foto 4. Tumaco. Bordado Sobre Papel.

Tumaco tiene tesoros en su playa: pedazos de conchas, chispas de estrellas que explotaron al tocar el mar. Cuando viene la ola intempestiva, trae en el remolino piedras, corales y conchas, retazos que quedan en la superficie del agua y que en ese instante en que el mar se empieza a devolver a su inmensidad, las conchas hunden su cuerpo buscando el calor bajo la arena negra y permanecen así un instante antes de que el mar vuelva con fuerza a revolverlo todo.

Fui a Tumaco para apoyar un proyecto de canalización de agua en el barrio Familias en Acción, una de las funciones que teníamos era visitar a todas las familias y realizar una caracterización. Llegamos a Tumaco en la tarde a un hotel frente al mar, en el Morro, todo el aire olía a sal. Esa era la primera vez que estaba en el Pacífico, me sorprendió que aunque el sol ya no se veía seguía alumbrando después de las seis. Pasó la noche tranquilamente y a la mañana siguiente me levanté temprano, me vestí, me puse unas sandalias y caminé hacia la playa mientras esperaba que mis compañeros estuvieran listos. Estuve un largo rato viendo mis pies y las conchas enterrándose en la arena; en un salto en el tiempo, recuerdo estar de nuevo viendo mis pies pero esta vez pensando que las sandalias habían sido un error, el piso del barrio al que llegamos era en extremo blando, una mezcla entre barro y basura y los puentes para pasar de casa en casa eran hechos de palos angostos en los que debía hacer equilibrio, por supuesto al segundo día no me acompañaron las sandalias, sino mis queridas botas.

Este momento al que he invocado con la imagen de las conchas hundiéndose, no ocurre en las clases y en los viajes una sola vez, es un flujo constante como el movimiento infinito del mar. Todo parece acomodarse, asentarse en la arena, sobre los tapetes y las sillas, con la atención en una imagen o una superficie en blanco para crear y de repente aparece el caos intempestivo, leo la

situación y hago ajustes, parece que el mar se ha alejado. En las clases estos momentos de “acomodación” no duran mucho, pero son gratificantes: cuando los niños y las niñas se emocionan por la manera como he dispuesto el espacio, cuando intentan adivinar la propuesta del día a partir de los materiales que he dejado para ellos, o cuando están sorprendidos y hacen las primeras observaciones del referente o dispositivo que atravesará la sesión, parece que todo fluye y están completamente conectados, pero puede suceder que de nuevo una corriente de caos se acerca y revuelve, desacomoda, me obliga a ajustarme y otra vez la ola se retira.

En una ocasión trabajando en el Crea, tenía clase con un grupo de niños y niñas de 7 a 11 años, en Los Laches, se me ocurrió llevar una trampa para peces que me habían regalado en un viaje al Amazonas, ese objeto desconocido al principio causó risas pues les parecía un sombrero de duende, después de un rato de intentar deducir qué era y cómo se usaba les revelé su nombre. Les propuse entonces tratar de imaginar el contexto de ese elemento, cómo eran los peces para los que estaba hecho, cómo se sentía la piel de dichos peces, de qué color era el agua donde nadaban, cómo sería si vivieran cerca de un río para pescar o qué platos cocinarían, cuando empezó a disminuir la atención les hablé sobre el Pirarucú, un pez del Amazonas del cual me habían contado unos niños en Leticia, resultó que la palabra Pirarucú se convirtió en el nombre de un pez pirata y esa apropiación desembocó en otra historia, otros dibujos y otros referentes. Durante el transcurso de la clase recuerdo que hubo conflictos con los ecolines que estábamos usando, pues algunos niños y niñas no eran cuidadosos con el cambio de color, entonces no lavaban el pincel y los colores empezaban a perder su tono y otros niños y niñas que por el contrario, procuraban con mucho esmero que los colores permanecieran limpios, se frustraban porque ya no podían usar los colores

que querían. Fue necesario hacer unos acuerdos y crearon una zona donde se podía revolver y otra donde no, en general respetaron ese acuerdo.

Cada decisión que se toman en el salón, hace que la ola merme o por el contrario crezca, es decir, genera una respuesta en el universo de la clase. Se puede caer en el error de creer que el ideal es una clase sin caos pero no es así, lo que quiero decir es que ese ir y venir es el movimiento de la clase y hace que esté viva, si deja de moverse es posible que sea más difícil para los sentidos ir a diferentes lugares, entrar en caos, leer el contexto, darle respuesta a conflictos y tomar acciones para que seguir creando.

## LA SERPIENTE INVISIBLE



Foto 5. San Antonio de los Lagos, Leticia. Bordado Sobre Papel.

Una vez en uno de esos viajes, estuve trabajando con una comunidad Tikuna en Leticia, caminando un día hacia la chagra, mi acompañante, Luigi, un niño de unos ocho años, me dijo que tuviera cuidado con la serpiente, tardé bastante tiempo en notarla aunque él insistentemente me señalaba el lugar exacto en donde se encontraba y yo hacía mi mejor esfuerzo para verla entre todo ese verdor. Entonces apareció ante mis ojos una serpiente camuflada, nada se movió, nada en el exterior cambió, la diferencia entre antes y ahora eran mis propios ojos, sentía que al abrirlos más sólo se toparon con lo evidente. Luego de verla pensé que esa serpiente no era como las serpientes que conocía, despojadas de su mimetismo, dibujadas en álbum jet, en El principito o puestas en una vitrina en algún zoológico; la serpiente de Luigi no era mi serpiente y sin embargo pude verla.

En este tercer momento que he abierto con la historia de la serpiente, hablaré de la temporalidad en el viaje que es la misma que procuro en mis clases, la he llamado: el *tiempo descalzo*, que no es un tiempo lineal sino un tiempo que depende de la disposición del cuerpo y los sentidos para percibir y moverse en respuesta a la naturaleza. Lo he llamado así porque mi propia forma de caminar cambia cuando descalzo mis pies y siento la tierra entre los dedos, o cuando salgo de viaje y la carretera serpentea para subir y bajar cordilleras. Pensemos que lo que tarda una planta en crecer es observable de dos maneras, la primera calculando el tiempo de crecimiento en días, meses o años; la segunda leyendo la forma que va tomando ella y su entorno, vemos entonces por ejemplo que hay árboles cuyos cuerpos rebozan las rejas donde los han encerrado y empiezan a hacerlas

parte de sí o vemos por ejemplo la proliferación del buchón<sup>3</sup> en los Humedales de Bogotá y cómo esto hace que cambie el espejo de agua. Es un tiempo que no se percibe en números sino en el cambio de la forma y el contexto, es el tiempo de lo pedagógico que va más allá de nuestro propio tiempo. La capacidad de Luigi de poder ver esa serpiente en medio de las ramas cruzadas y los distintos tonos de verdes y amarillos es una forma de *tiempo descalzo* pues su cuerpo y su percepción se desarrollaron a partir de la experiencia de sus sentidos para que pueda leer la naturaleza y responder a ella de una manera sensible. Procuro entonces que en mis clases el *tiempo descalzo* sea el que marque la pauta, pues más allá de que los niños y niñas finalicen o realicen tal o cual proyecto, busco que ellos mismos puedan ser testigos de esos cambios de forma en su propia percepción.

Ramón Torres Méndez, pintor Bogotano del SXIX, realizó una serie de acuarelas ilustrando las costumbres y la sociedad de su época, representaciones que no sólo mostraban los oficios, trajes y paisajes de ese momento sino las ideologías y percepciones respecto al deber ser de la Nación que se estaba construyendo. Dos de ellas me llaman principalmente la atención: “Ollero de Tocancipá” y “Carboneros de Choachí”

---

<sup>3</sup> El buchón de agua es una planta acuática que filtra y purifica el agua, se encuentra en los humedales, lagos, lagunas y embalses y se reproduce con facilidad puesto que muchas de las fuentes hídricas están contaminadas.



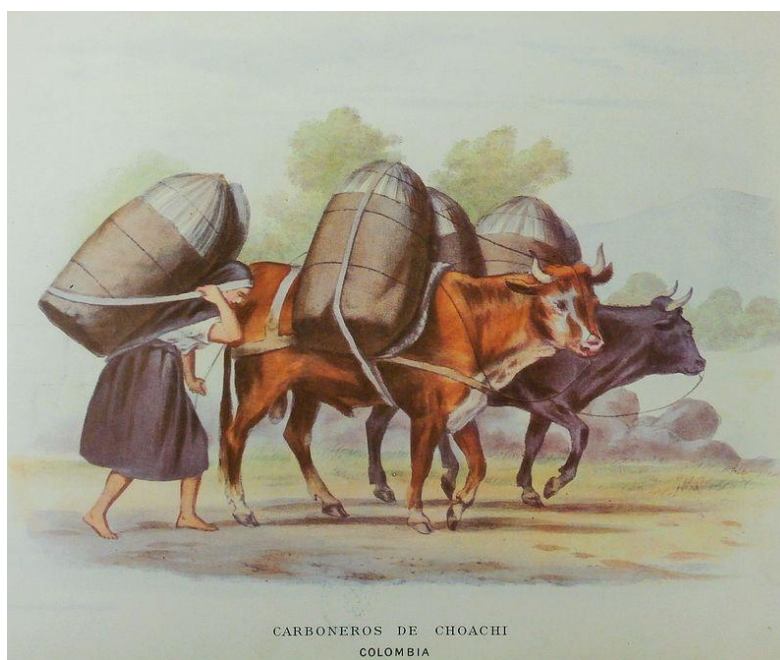


Foto 6. Carboneros de Choachí, Acuarela de Ramón Torres Méndez.

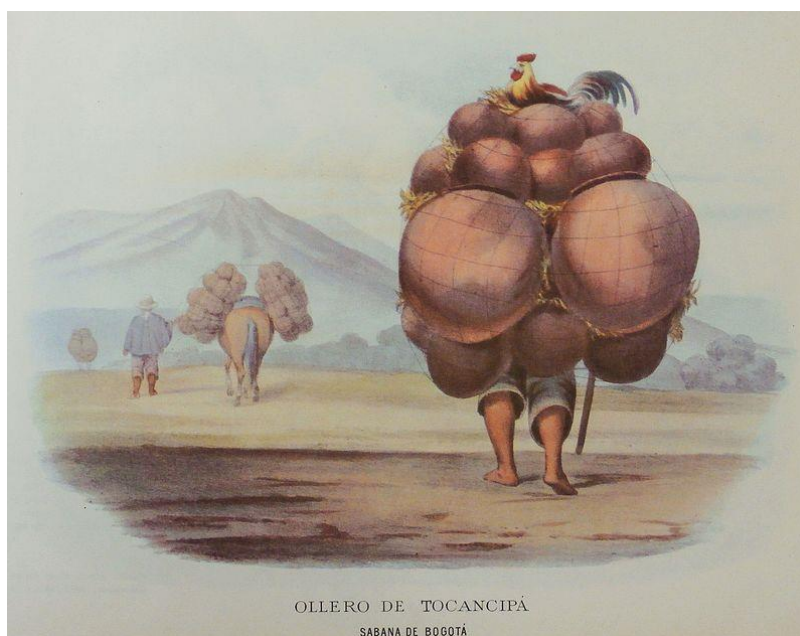


Foto 7. Ollero de Tocancipá, Acuarela de Ramón Torres Méndez.



Las he escogido por dos razones, primero la evidente comparación de las personas retratadas con los animales. En ambas imágenes hay un símil entre estos dos elementos por la forma y el tamaño, vemos en la composición que prácticamente tienen la misma forma y unos tonos similares. Comparar este sector de la población con los animales era una idea del proyecto modernizador que planteaba los cánones europeos como únicos modelos culturales y lo que se opusiera a ellos, era calificado como indigno y de bajo nivel. La relación con la naturaleza considerada adecuada en ese momento, era la dominación y explotación de ese mundo natural y todo lo que se acercara a él.

La segunda razón que comparten y por la cual convoco estas imágenes es el hecho de que las personas están descalzas, otro elemento que refuerza la idea de la cercanía de estos campesinos que bien podrían ser indígenas o población afro, con la naturaleza. La lectura que quiero proponer desde mi historia personal y desde este proyecto es que esa cercanía con la naturaleza, el hecho de estar descalzo es por el contrario, una fortuna, pues implica estar anclado y hacer parte de ese territorio primitivo al que me he referido en el primer capítulo.

Un acto tan simple y sutil como descubrir los pies y tocar con ellos el suelo es algo que en la cotidianidad yo no puedo hacer, ya que el entorno donde se desarrollan mis acciones, la ciudad, es tan hostil que niega la existencia de los pies, ese primer anclaje con el mundo, sin embargo, en mi contexto puedo asumir otra forma de caminar como cuando estoy descalza. Aunque tenga mis botas puestas, puedo andar atenta alegrándome cada vez que encuentro un pequeño jardín

sembrado por manos humanas o sembrado por la naturaleza<sup>4</sup>. Siempre escaneando lo que voy encontrando, haciendo saltos con mis ojos a las texturas y colores que me despiertan interés, y luego abriendo mi morral, sacudiéndolo un poco y buscando con la mano a ciegas una bolsa, una cajita o un recipiente que me sirva para guardar delicadamente la piedra, la ramita, la semilla, el pedazo de hoja o lo que sea que haya recogido, para llevarlo a casa, anotando en mi bitácora imágenes y sensaciones que ocurren en el camino.

Recolectar me lleva a los días del jardín infantil, sobre todo las vueltas a casa cuando mi mamá me dejaba jugar con los cucarrones, llevar granizo y tierra para la casa y no me regañaba cuando yo insistía en que me esperara porque no sabía qué piedra guardar para mi colección. Tenía tiempo y yo también, era el *tiempo descalzo*. Llegan a mi memoria otros recuerdos de otros viajes, siempre jugando, recolectando, guardando en los bolsillos o la maleta, cargando más peso o manteniendo las manos ocupadas con alguna cosa que no quería que se rompiera, revisando al llegar a casa, clasificando, modificando.

Desde esos días de jardín estoy construyendo la noción de viaje, pues cuando hablo de él, me refiero a una ampliación, pero no solamente de los puntos de georreferenciación, sino una ampliación del contexto propio e imaginarios en relación tanto de las demás personas y sus

---

<sup>4</sup> Esta idea se encuentra en el libro *El Pensamiento del Indio que se Educó en las Selvas Colombianas* de Manuel Quintín Lame, cuando habla sobre la manera en que La Naturaleza le enseñó aun siendo un niño en los jardines sembrados por ella, es decir, la selva.

relaciones con los paisajes, como me sucedió con la serpiente; como de los demás seres y formas de habitar el mundo. El viaje entonces es mucho más complejo que agarrar las maletas y trasladarse. Es una progresiva agudización de los sentidos para poder ver lo que una mirada distraída no vería, oler lo que una nariz distraída no olería, oír lo que unos oídos distraídos no escucharían, tocar lo que unas manos distraídas no tocarían y percibir lo que un cuerpo distraído no percibiría. Dicha agudización sucede en la experimentación en mis clases, ese momento en que los niños y las niñas interactúan y empiezan a conocer los materiales, se sorprenden con un referente, observan, tocan, agarran, huelen, prueban, preguntan y resuelven, leen el paisaje. Este juego para los sentidos es también una forma de caminar atento, poder experimentar su contexto y el de otros a través de los sentidos y la imaginación.

En una ocasión estaba en una clase con niños y niñas de aproximadamente cinco años, nos visitó en el salón una araña, le pusimos de nombre Petronila. Petronila estaba construyendo su telaraña, nos detuvimos a observar sus movimientos intentando ver el tejido con ese hilo transparente, mientras tanto yo iba pasando papel y lápiz para que cada uno tratara de traducir lo que había visto y diera paso a que otros compañeros también la pudieran ver. La siguiente sesión, a partir de sus bocetos de la telaraña, les propuse usar todo el salón para construir sus propias telarañas y empezaron a trazar líneas de cuerda en el espacio, a experimentar la materialidad y la dificultad. El salón de clase puede convertirse en un lugar donde existan diversas formas de comprender y transitar por el mundo, es decir un lugar abierto a otras culturas y abierto a la forma de habitar del agua, las piedras, las plantas e insectos, no sólo como una excusa o el uso de unos repertorios, sino que los mismos niños y las niñas encuentren el sentido de esas otras formas de

habitar y les transforme incluso la suya. Esta es la manera como me aproximo a hablar sobre el otro. “Es un desafío aún vigente lograr involucrar otras culturas. No solo usar repertorios, motivos o simbolismos para nuestro arte, sino acercarse a los sentidos y lógicas de la otra cultura de una manera más profunda” (Miñana, 2000, pág. 25). Es posible transformar los imaginarios de otros en la medida que se hace visible algo que ha sido oculto o era desconocido por alguna circunstancia, pero estas formas de hacerlo deben nacer de los mismos procesos de transmisión cultural y artística del contexto en el que estemos incidiendo, para que podamos hablar de lo otro pero no desde una perspectiva distante de diferencia sino de un entendimiento de sus circunstancias a partir del paso por el sentir propio.

Estudié prácticamente toda mi infancia y adolescencia en un colegio campestre, el fondo de mis clases eran unas montañas hermosas, árboles ancianos y olor a campo, durante trece años, seis días a la semana, ocho horas al día, ese contexto nunca entro al salón de clases, ni siquiera en las clases de agricultura pues el enfoque era la siembra de monocultivos alineados desconociendo el ecosistema alrededor. Me interesa al contrario construir una lectura sensible del contexto pues no quisiera desperdiciar lo que sucede alrededor como me sucedió cuando estaba en el colegio. Propongo por el contrario que el espacio de mis clases esté lleno de grietas por donde se filtren otras historias, personajes, elementos para que viajemos, nos extendamos juntos y experimentemos nuestros y otros paisajes. Y nos convirtamos en lectores atentos que dialogan, viven y se sumergen en el paisaje, que lo habitan de manera consciente y facilitan la interlocución con otros lugares dentro y fuera de ese mismo paisaje, usando la imaginación para envolver y mezclar en lo real otros mundos y así extender la experiencia.

## EL BURRO QUE REBUZNABA A LAS SEIS

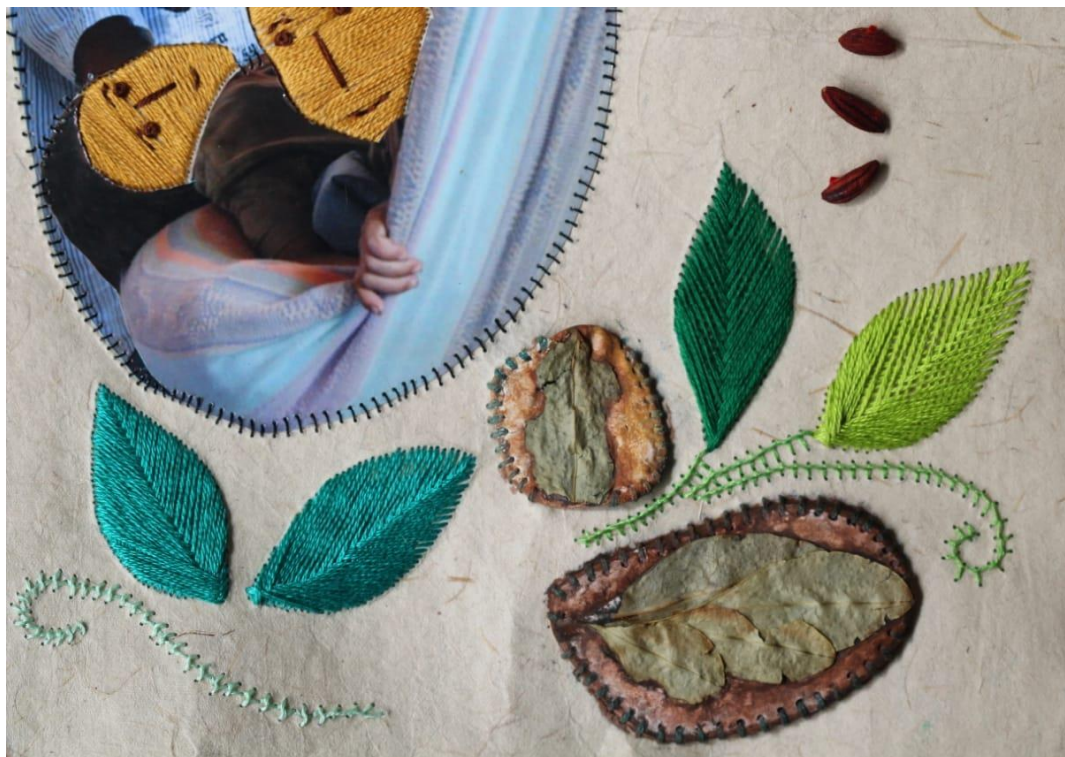


Foto 8. Resguardo Businchama, Sierra Nevada de Santa Marta, Bordado Sobre Papel.

Escondida entre montañas cálidas se encuentra una casa de barro, allí viven Francisca, su esposo y sus cuatro hijos, Naba, Gungui, Chei y Kaku. Al frente de la casa un espacio abierto para secar las semillas y atrás el lavadero donde el agua siempre estaba corriendo. Hacia abajo un bosque de árboles de algarrobo y un pequeño cultivo de hayo<sup>5</sup>, hay también un suave tapete de hojas y al fondo el río, transparente, vivo, limpio. Al lado de la casa la cocina, sencilla y caliente, afuera de ella un techo para almorzar, hilar, conversar y tejer y arriba era nuestro lugar de trabajo. Fuimos a apoyar la construcción de una escuela tradicional, pero primero el trabajo espiritual, primero pedir permiso al territorio para mover las piedras, primero las conversaciones con el Mamo, primero limpiar.

En esta experiencia aprendí la importancia de darse el tiempo de llegar, no se trataba de apresurarnos a terminar una tarea asignada sino entender el propósito de estar allí, en esa ocasión, con esas personas y en ese lugar, la importancia de familiarizarnos con el paisaje, con las rutinas y ser acogidos por el lugar.

La familia tenía un burro, Naba el hijo mayor era quien lo montaba cuando lo mandaban a hacer algún encargo a Pueblo Bello. Cuando el burro estaba descansando, nos acompañaba en nuestra jornada de trabajo debajo de un árbol, al cabo de unos días nos dimos cuenta que el burro rebuznaba cerca de las seis cuando debíamos volver a la casa, el sonido del burro rápidamente se

---

<sup>5</sup> Hayo es el nombre de la planta de coca en lengua Iku de los indígenas Arhuacos en la Sierra Nevada de Santa Marta.

hizo nos familiar porque era acompañado también del sonido de la montaña que con la luz del sol apagándose lentamente se hacía más fuerte, del cansancio, de la tierra en la cara, el sudor del día, de la recolección de las herramientas, de las conversaciones y las risas. El burro anticipaba la comida, el fuego reventando y los personajes que de dos en dos, saldrían de la boca de los niños en forma de historias después de comer. El burro anticipaba la noche.

Lo que sucedió en esa ocasión fue determinante para mí, la riqueza de las historias que surgieron se la debo en gran medida precisamente al hecho de tener el tiempo de llegar, de familiarizarnos y poder entonces crear juntos. En las clases cuando los niños y niñas empiezan a confiar no sólo en ellos mismos sino en mí, en el espacio de la clase, en los materiales, en sus propuestas, es cuando realmente puedo ver que se apropian del espacio, de las actividades y los veo crecer autónomos y crear seguros. El momento de incertidumbre, los momentos de “acomodación” y la exploración ocurridas anteriormente cobran sentido por este momento.

Es increíble asistir a esos momentos de creación, acompañara los niños y niñas cuando surgen las ideas, cuando están tan concentrados que pareciera que mi presencia no los perturba. Ese momento casi mágico también lo he vivido yo misma en los viajes, cuando Gungui, Naba y Chei agotaron las historias que les había contado el Mamo y su profesor y empezaron a narrar su cotidianidad, cantar odas al valle, a la mandarina y a la naranja, al campo, ese momento cuando se me ocurre una imagen o cuando escribo un texto.

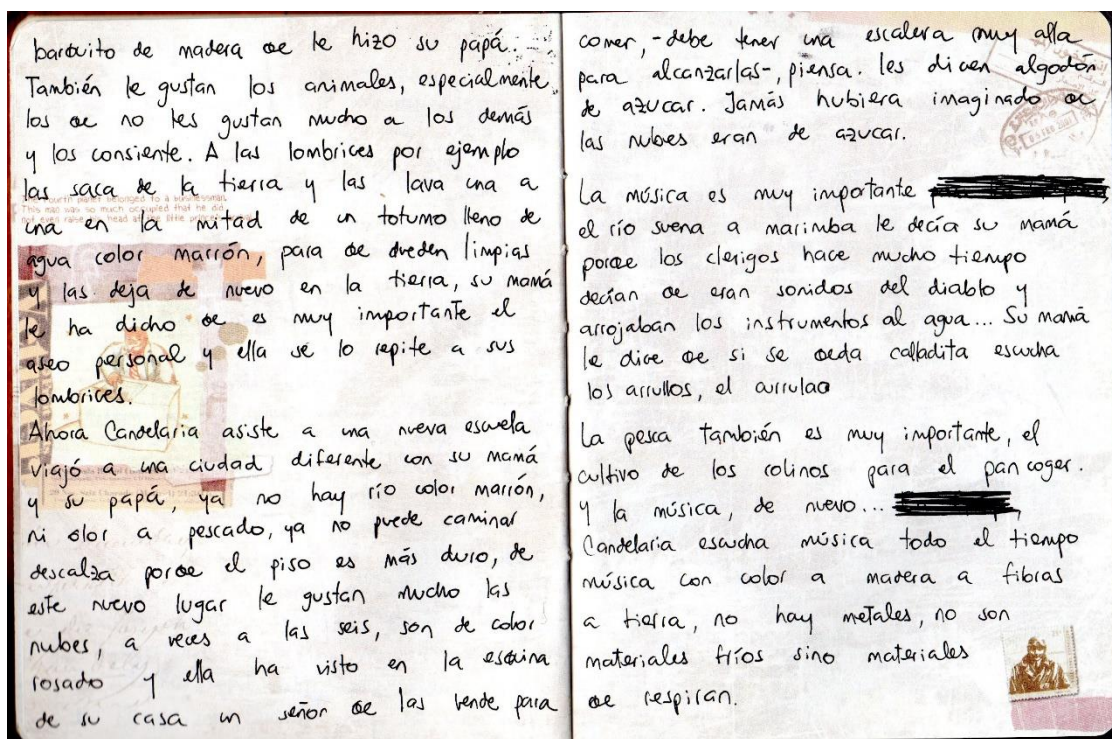


Foto 9. Anotaciones de Bitácora Sobre Candelaria, una Niña que Conocí en Bocas de Víbora, Nariño. 2015

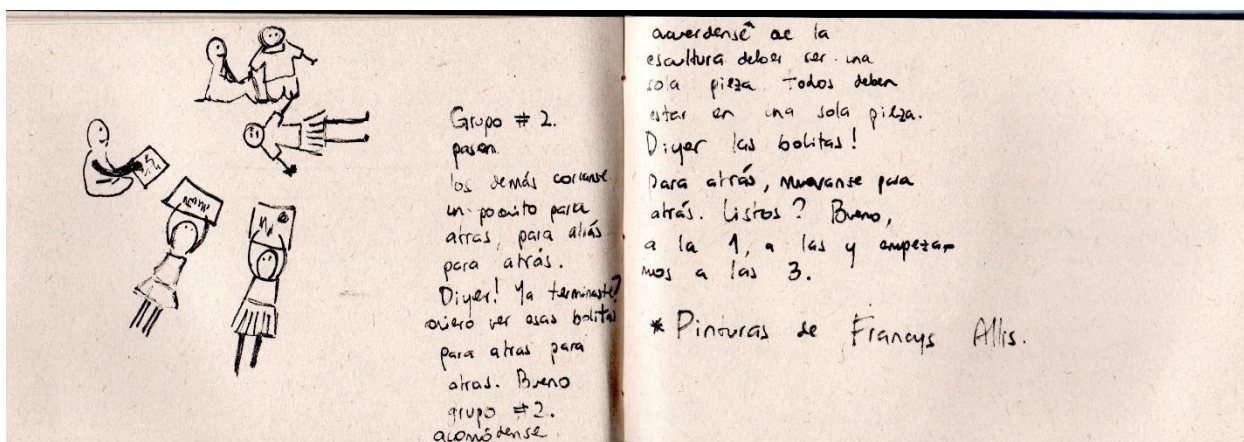


Foto 10. Anotaciones de Bitácora Sobre una Clase en el Colegio Venecia en Bogotá. 2017



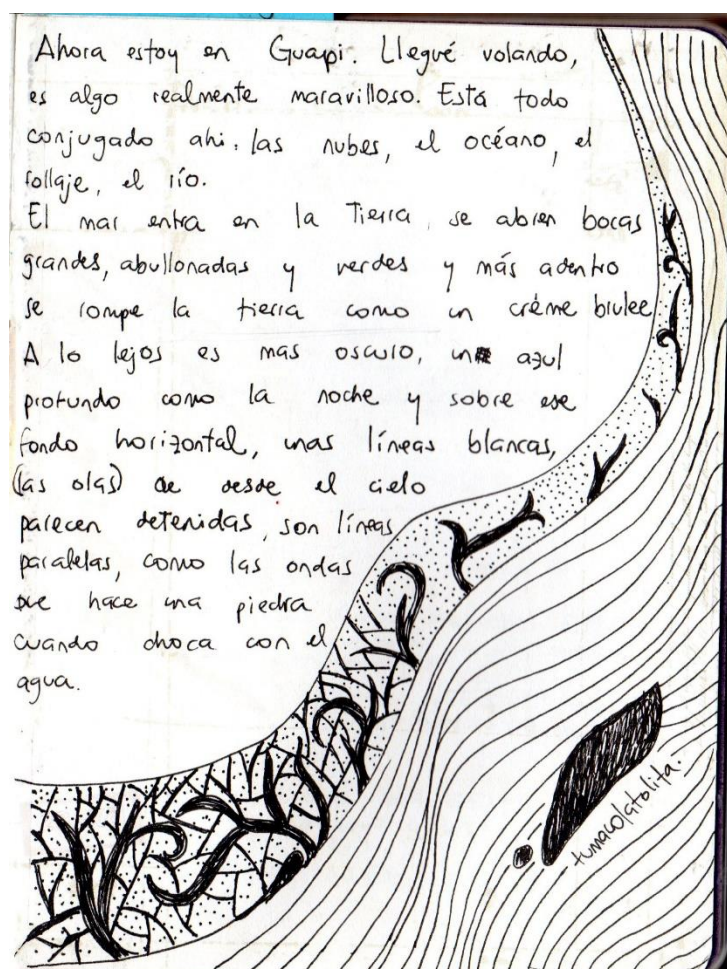


Foto 11. Anotaciones de Bitácora Sobre la Llegada a Guapi. 2015

Cuando tuvimos que dejar la Sierra y volver a casa, tuvimos un último círculo de palabra con el Mamo, nos dio una aseguranza, un símbolo de protección para mantener el recuerdo vivo de la experiencia en nosotros. Una aseguranza para no olvidar. El bordado para mí es la proyección de esa aseguranza, un lenguaje que moviliza la memoria, es un ejercicio de composición y revisión

de los archivos<sup>6</sup> de esos territorios temporales en los que he estado, para poder visitarlos de nuevo y permanecer en esas imágenes. El bordado por el tiempo que requiere se ha convertido para mí en una forma de volver siempre que pueda y siempre que quiera a esos territorios y sobre todo a esos afectos.

La manera como he empezado a construir los bordados para este trabajo de grado parte de la recolección que se va agudizando con el tiempo; escoger tal o cual conchita, recolectar un poco de arena por su color, hacer seguimiento por varios días a las flores para coger las semillas, tratar de recordar dónde fue el punto exacto donde vi una piedra para recogerla en el camino de vuelta o permanecer observando una imagen y grabarla en la memoria de los sentidos; esa recolección es experiencia estética y es oficio. Dewey menciona que los encuentros con el arte primitivo de la naturaleza como es el nido de un ave, la forma de una semilla o la luz colándose por el follaje de un árbol son el material para las realizaciones intencionales del ser humano, son el material para mis bordados, esa es la experiencia estética. La capacidad de poder hacer arte, ver el potencial de lo que se encuentra alrededor para crear es lo que hace que una acción o un paisaje, tome tal nivel de consciencia que se vuelva un hecho estético, es por eso que me recojo en las palabras de Larrosa “Huyendo de toda solemnidad y de toda grandilocuencia, me reconozco también en lo que el oficio

---

<sup>6</sup> Es inevitable que en los viajes, los mundos interiores aparezcan. Tomar del viento, de las piedras, de las semillas, de las hojas, de las calles, de las caras, la memoria de mis viajes ha sido la manera de documentar ese caminar. Esos son mis archivos.

tiene de ínfimo y de cotidiano, de algo que se hace cada día y no en momento excepcionales, y de un modo siempre menor con gestos mínimos, modestos, casi desapercibidos, sin espectáculos, ni artificios” (Larrosa, 2018). En el bordado y la recolección he encontrado mi oficio y material que le da forma a mi equipaje, mi forma de acentuar lo valioso de lo cotidiano buscando maneras de señalar los cielos enmarcados en melancólicas montañas, la lluvia, el gris y la sombra, el sol, los ríos, los caminos, los frailejones que crecen cada año, los insectos, los gallos despertadores, la sensación fría de la neblina, los rincones, las nuevas rutas, la cotidianidad de otros y la mía; he encontrado mi manera de honrar esos paisajes y esas personas que me han enseñado tanto. Esas experiencias y sensaciones que pasan por mí y toman forma de imagen.

**EL PÁRAMO DE LAS PAPAS, REGRESAR SIN DEVOLVERSE.**



Foto 12. Páramo de las Papas, Bordado Sobre Papel.

Llegué a San Agustín a conocer las legendarias esculturas precolombinas, venía viajando desde el Doncello, Caquetá. Un abuelo indígena que había participado en uno de los talleres en Bogotá me había invitado a su territorio, el calor y la humedad eran sofocantes, visité al abuelo unos días, inicialmente pensaba quedarme un poco más de dos semanas pero las circunstancias cambiaron y yo decidí hacer un desvío antes de volver a casa.

Fui hacia el Huila y pasé un par de días en San Agustín mientras recorría el pueblo y conocía los lugares imperdibles, quería ver el Estrecho del río Magdalena pues ya antes había visto el río en otras partes de su recorrido hasta el mar, recordaba los remolinos que se hacían en el agua pero me pareció increíble ver cómo su cauce puede cambiar tanto, en tamaño y color, el río se llama igual en diferentes lugares pero no es el mismo.

Una de las tardes mientras almorzaba en el restaurante vegetariano que encontré cerca al parque principal, me fijé en un mapa que estaba colgado en la pared frente a mí, reconocí en los nombres señalados algunos lugares a los que había visitado, pero como un relámpago apareció en el fondo de mi memoria mi profesora de Geografía con su pasión por las ciencias sociales y sus exámenes extensos. Apenas leí Páramo de las Papas, me vi a mí misma sentada sobre el pupitre ubicando puntos de referencia en el examen de fin de año, en el Páramo de las Papas nacía el río Magdalena. Al otro día ya estaba tomando un pequeño bus que me llevaría a Villa Fátima un caserío a dos horas de San Agustín, donde me esperaba Jeiner, mi guía.

Salimos de Villa Fátima pasadas las nueve de la mañana, tuvimos que ir en moto por un camino destapado hasta donde ya no se podía pasar, cruzamos un alambre y empezó el ascenso. Recuerdo

estar muy emocionada las primeras horas, me habían advertido que el camino era exigente pero me sentía poderosa y motivada, disfrutaba los momentos de brisa, los encuentros con el río, los eventuales avistamientos de aves e insectos, pero entre más pasaba el tiempo y seguíamos subiendo, la soledad de ese espacio empezó a hacerse evidente, en el recorrido de los dos días completos que duró ese viaje, Jeiner y yo nos encontramos solamente con una persona, las casas que cruzábamos en su mayoría estaban vacías, pero lo que realmente me impactó fue ver camuflada entre la vegetación una escuela, “Escuela Nueva” decía la pintura corroída en su fachada, una escuela, sin la presencia de niños, niñas, ni maestros.

Había mucha vida alrededor, la vegetación era exuberante y el sonido era generoso, pero todo parecía detenido en el tiempo, me di cuenta de lo fuerte que es la presencia o la ausencia de las personas, pensé que los objetos y los lugares absorben la presencia de la gente que interactúan con y en ellos. Cruzando el páramo se sentía un vacío, dos días caminando y sólo tener contacto con una persona, mi guía. Él me fue contando por qué los caminos estaban siendo comidos por los árboles, escuchar las historias del conflicto armado con una voz cotidiana y personal de quien lo había vivido, hacía que el silencio fuera aún más intenso.

Cuando iba subiendo sentía cada parte de mi cuerpo, la sangre en los oídos, las plantas de los pies empapadas, fue la primera vez en todos esos viajes que sentí estar completamente conmigo misma.

Lo planeado era pasar la primera noche en la última casa antes de entrar completamente al páramo, la señora que vive allí tiene una posada muy sencilla pero que sirve de refugio, sin embargo cuando llegamos ella no estaba, los cuartos tenían candado y la otra casa que habíamos

pasado donde había gente estaba más o menos a una hora. En ese momento pensé que tenía dinero pero no me servía para nada, fue preciso meternos por el techo a la cocina pues se estaba poniendo de noche y hacía mucho frío. Comimos algo de lo que habíamos llevado y preparamos una pasta fugaz, esos espaguetis a medio cocinar fueron el plato más maravilloso que he probado, por algún milagro de la vida, afuera de la casa recostado contra una pared había un colchón que metimos adentro de la cocina por la ventana y ahí nos acostamos uno con la cabeza para arriba y el otro con la cabeza para abajo, en lo más sencillo encontramos realmente un tesoro, confieso que tuve un poco de temor, las mujeres crecemos con ese miedo incrustado de que alguien pueda hacernos algo, pero Jeiner fue muy respetuoso. Me cubrí con la ropa de cambio que llevaba, una camiseta, un pantalón y una toalla, el fuego mantuvo el calor. A la mañana siguiente muy temprano nos levantamos, dejé dinero en la cocina, pensé que era lo justo, e iniciamos de nuevo la caminata, era como si la noche no hubiera pasado, sentía que no había dormido pero mi energía estaba de nuevo repleta. Caminamos durante todo el día, pensaba en la señora de la posada que hacía ese mismo recorrido cada vez que debía ir el mercado, pensaba en los niños que ya no iban a la “Escuela Nueva”, pensaba que ya estaba cansada pero debía seguir, pensaba que en realidad soy más fuerte de lo que creía, pensaba que había muchos recovecos desconocidos y pensaba que si me perdiera allí quizás no me encontrarían. Cayendo la tarde, fuimos llegando a Valencia, Cauca, no es cierto que todos los pueblos crecen alrededor de una plaza, Valencia tiene forma alargada y creció alrededor de una calle, pude bañarme y poner a secar mis botas, de nuevo encontré la dicha en cosas simples: una cobija gruesa, ropa seca, la voz de mi mamá a través del celular y un café de un vecino a la mañana siguiente mientras esperaba el bus que sólo pasa una vez cada día. Lo que

continuó en el viaje fue el regreso, el repaso por todas las cosas que había visto y como me había sentido, el repaso por las fotos, la sensación de un cambio no evidente pero si profundo en mí. El regreso no fue por los lugares que había pasado anteriormente, volví a Bogotá por otra ruta, no recogí mis pasos sino que seguí andando.

Viajar es más que moverse, es el cambio que ocurre después de algo que en verdad sucede en el cuerpo y el espíritu. En esos viajes, que en verdad son desplazamientos hacia otras realidades, me di cuenta que entre más lugares visitaba más amplia se hacía mi mirada y sin embargo siempre he seguido estando ciega a alguna cosa nueva. Con esto quiero decir que los imaginarios no son representaciones, porque no son fijos, sino más bien son imágenes transformables a través de la experiencia. El imaginario constituye la manera de relacionarnos con tal o cual cosa, persona o situación y tiene que ver con poder observar la realidad de otro teniendo mis zapatos puestos (contrario a la expresión popular de ponerse en los zapatos del otro). Poder comprender por qué el otro hace lo que hace y piensa como piensa, esa es la empatía.

Existe una relación entre empatía, la imaginación poética y la memoria para expandir la experiencia. La imaginación poética<sup>7</sup> nos permite introducirnos en mundos narrados a través de la

---

<sup>7</sup> Este concepto lo tomé de Maxine Greene en su texto *Liberar la Imaginación: Ensayos Sobre Educación, Arte y Cambio Social* en donde dice “yo misma adquirí conciencia de cómo ciertas obras literarias desfamiliarizaban mi experiencia y llegué a ver que la adopción de perspectivas raras o desacostumbradas puede hacer a una persona tan extraña y tan capaz de <<ver>> como nunca antes. Pienso en los viajes de Ismael en el *Moby Dick* de Herman



literatura, poder percibir las imágenes de una manera sensible o poder distinguir la melancolía o la exaltación de la música, resignificar lo cotidiano cuando se ha convertido en rutina. En una charla en la maestría que tuvimos con Federico Escribal<sup>8</sup>, él habló sobre el imaginario y sobre la inexistencia de algo si no hace parte de nuestros referentes. La noción de empatía comparto en mis espacios como artista-profesora, está relacionada con esta idea, es posible la empatía y el poder imaginarse las circunstancias de otro en la medida que hay una experiencia previa que puedo referenciar o que puedo imaginar a partir de lo que puedo sentir.

Los asuntos desarrollados en este texto estuvieron siempre en mí en un estado germinal sin nombrarse aún. Lo que he aprendido con los viajes y sobre todo con la reflexión de ellos, ha sido a mover mis paradigmas. Al iniciar el proyecto me invadían las preguntas, intuiciones y confusión, expectativas, planes, cronogramas, listas de pendientes, lugares, libros y recuerdos que visitar. Imaginaba cómo iba a ser, a lo que iba a llegar, pero luego los días transcurrieron y los planes fueron cumpliéndose, las palabras y las imágenes fueron llegando con una satisfactoria y leve certeza de que era justo lo que estaba buscando, pero no sucedió por

---

Melville y de Marlow en el Corazón de las Tinieblas de Conrad, y pienso en cómo me permitieron seleccionar ciertos aspectos de mi experiencia que yo era capaz de sentir, pero no de nombrar” (Greene, 2004, pág. 144)

<sup>8</sup> Profesor adjunto de "Población Americana" en el Área transdepartamental de Folklore - Universidad Nacional de las Artes en Buenos Aires, Argentina.

el camino que había imaginado. Con cada lugar voy construyendo una noción de mundo cada vez más grande, más informada y por lo tanto con más capacidad de acción en él.

Cada día suceden en Colombia sucesos escalofriantes que indignan el alma hasta lo más profundo, sabemos de la muerte de líderes sociales, del cinismo de senadores y congresistas al responder cuestionamientos a sus acciones y decisiones, de los atropellos de la policía, del abandono estatal en zonas donde niños y niñas deben exponer sus propias vidas para llegar al colegio, de la innegable corrupción, de violaciones, acoso y violencia hacia mujeres y niñas, nos enteramos de las decisiones que se toman en contra de las necesidades de las comunidades, de las amenazas y de la naturaleza siendo también víctima de la violencia. Cada día en Colombia surgen experiencias de resistencia, personas que brotan como flores en el asfalto y que encuentra uno en los viajes como pequeños milagros. Todo esto me lleva a declararme una persona indignada y al mismo tiempo esperanzada. En ocasiones el ser artista- profesora es un oficio solitario y sin embargo la educación artística para mí, ha sido la oportunidad de ser testigo de esas apariciones milagrosas, ha sido la ocasión de encontrarme con el otro que también está indignado y esperanzado, y se siente solo.

Mi lugar de acción es el salón de clase, el salón comunal o el parque, cualquier lugar que se convierta en un espacio de intercambio, creación y observación. Esa es mi revolución: que las sensaciones, pensamientos e intuiciones que se viven estando en esos espacios de formación, lleven a los niños y niñas a movilizarse, a indagar, a ser sensibles y a buscar sus propios caminos. Lo que quiero sembrar en mis estudiantes es la convicción de tener una capacidad de acción en sus propias vidas y en su mundo y sobre todo la necesidad de ir al encuentro con lo otro que es

desconocido y al mismo tiempo tan familiar, porque nuestro papel como artistas profesores, artistas formadores, profesores de arte o como quiera que nos autonombremos, es mantener viva algo tan sutil como lo es la esperanza.

## LISTA DE REFERENCIAS

- Arbeláez, M. (2015). *Los artistas caminantes Richard Long y Hamish Fulton*. Barcelona: Editorial UD
- Bárcena, F. (2009). *Pedagogía de la presencia. Voces para una educación en la filiación del tiempo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Camnitzer, L. (2012). *Didáctica de la liberación, arte conceptualista latinoamericano*. Bogotá: Casa editorial HUM.
- Cossettini, O. (1945). *La escuela viva*. Buenos Aires: Editorial Losada
- Deleuze, G & Guattari, F (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A.
- Dewey, John (2008). *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A.
- Greene, M. (2005). *Liberar la imaginación: ensayos sobre educación, arte y cambio social*. Barcelona: Idea Book.
- Larrosa, J & Rechia, K (2018). *P de Profesor*. Buenos Aires: Noveduc.
- Larrosa, Jorge. (2003). *Conferencia La Experiencia y sus Lenguajes*. Barcelona: Departamento de teoría e historia de la educación. Universidad de Barcelona..
- Miñana, C. (1998). Formación Artística. Elementos para un debate. *Memorias del I Seminario Nacional de Formación artística y cultural*, págs 100-121. Bogotá: Ministerio de Cultura, pág. 100-121.

-Novoa, A. (2003). Escritura de "nuevas" historias de la educación. *Historia cultural y educación. Ensayos críticos sobre conocimiento y escolarización*. Recopilación de ensayos hecha por Popkewitz, T; Franklin, B; Pereyra, M. Págs.61-84. Barcelona: Pomares.

-Quintar, Estela Beatriz, (2008). *Didáctica No Parametral: sendero hacia la descolonización*. Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina.

-Quintín Lame, M. (1942). *El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia.

-Read, H. (1986). *Educación por el arte*. Barcelona: Paidós.